



Subsidio espiritual para la meditación, con las palabras de San Agustín

Textos editados por las Monjas Agustinas del Monasterio de los Santos Cuatro Coronados en Roma



Deseo

«El niño no es un recipiente que hay que llenar, sino una fuente que hay que dejar brotar» (MARÍA MONTESSORI, *El descubrimiento del niño*)

«Nadie educa a nadie, nadie se educa solo:
los hombres se educan juntos, con la mediación del mundo»
(PAULO FREIRE, *Pedagogía de los oprimidos*)

Salmo 38,10

Señor, todos mis deseos están ante ti, y mi gemido no te es desconocido.

Todo amor asciende o desciende; depende del deseo: si es bueno, nos elevamos hacia Dios; si es malo, caemos en el abismo...¹

Cuando escuches: «Nadie viene a mí si no es atraído por el Padre», no pienses que eres atraído por la fuerza. También el amor es una fuerza que atrae al alma. [...] No es gran cosa ser atraído por un impulso voluntario, cuando también el placer logra atraernos. ¿Qué significa ser atraído por el placer? Pon tu placer en el Señor, y él satisfará los deseos de tu corazón (Sal 36, 4).

¹ SAN AGUSTÍN, *Exposición sobre los Salmos*, 122,1.

Existe también un placer del corazón, por el cual éste saborea el pan celestial. Si el poeta pudo decir: «Cada uno es atraído por su placer» (Virg., Ecl. 2), no por necesidad sino por placer, no por obligación sino por deleite; con mayor razón podemos decir que se siente atraído por Cristo el hombre que encuentra su deleite en la verdad, en la bienaventuranza, en la justicia, en la vida eterna, en todo lo que es Cristo, en definitiva. Si los sentidos del cuerpo tienen sus placeres, ¿por qué no los tendría el alma? [...] Dame un corazón que ame y comprenderá lo que digo. Dame un corazón anhelante, un corazón hambriento, que se sienta peregrino y sediento en este desierto, un corazón que suspire por la fuente de la patria eterna, y comprenderá lo que digo. Ciertamente, si hablo a un corazón árido, no podrá comprender.²

Toda la vida de un buen cristiano es un santo deseo.³

El deseo es el recoveco más íntimo del corazón. Cuanto más dilata el deseo nuestro corazón, más capaces seremos de acoger a Dios. Contribuyen a encender en nosotros el deseo la Sagrada Escritura, la asamblea del pueblo, la celebración de los misterios, el santo bautismo, el canto de las alabanzas a Dios: todo está destinado a sembrar y hacer brotar este deseo, pero también a hacer que crezca y se expanda cada vez más hasta ser capaz de acoger lo que ningún ojo ha visto, ningún oído ha oído y ningún corazón humano ha podido imaginar jamás.⁴

¿Qué seremos, pues, cuando podamos disfrutar de esta visión? ¿Qué se nos ha prometido? Seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es. Como ahora no podéis ver esta visión, vuestro compromiso sea desearla. La vida de un buen cristiano es todo un santo deseo. Pero si algo es objeto de deseo, aún no se ve, y, sin embargo, a través del deseo, te expandes, de modo que podrás llenarte cuando llegues a la visión. Supongamos que tienes que llenar un saco grande y sabes que lo que te darán es muy voluminoso; te preocupas por ensanchar el saco o el odre o cualquier otro tipo de recipiente, tanto como puedas; sabes cuánto tienes que meter dentro y ves que es pequeño; al ampliarlo, lo haces más capaz. Del mismo modo, Dios, con la espera, amplía nuestro deseo, con el deseo amplía el alma y, al expandirla, la hace más capaz. Vivamos, pues, hermanos, del deseo, pues debemos ser llenados.⁵

² SAN AGUSTÍN, *Comentario al Evangelio de San Juan*, 26,4.

³ SAN AGUSTÍN, *Comentario a la Primera Carta de San Juan*, 4,6.

⁴ SAN AGUSTÍN, *Comentario al Evangelio de San Juan*, 40,10.

⁵ SAN AGUSTÍN, *Comentario a la Primera Carta de San Juan*, 4,6.

Cantar de los Cantares 3, 1-2a

En mi cama, durante toda la noche,
busqué el amor de mi alma;
lo busqué, pero no lo encontré.

Me levantaré y recorreré la ciudad,
por las calles y las plazas;
quiero buscar el amor de mi alma.

Levántate, busca, suspira, anhela con fervor, llama a la puerta cerrada. Si no sentimos ningún deseo, si no experimentamos ningún anhelo, si no sabemos suspirar, acabaremos tirando perlas a cualquiera y encontrando perlas sin valor. Con el deseo has comenzado a vivir la vida de los ángeles. Haz que este deseo crezca en ti y que se vuelva tan ardiente que obtengas lo que deseas, no de mí, sino de aquel que nos creó a ti y a mí.⁶

Cada noche ardo en deseos de luz. El Señor ve mi deseo; por eso, en otro salmo se le dice: Todos mis deseos están ante ti, no se te oculta ninguno de mis gemidos (Sal 37, 10). ¿Buscas oro? No puedes ocultar tu deseo: si buscas oro, todos se darán cuenta. ¿Deseas trigo? Te diriges a quien lo tiene, manifestándole tu deseo de poseerlo. ¿Deseas a Dios? ¿Quién ve este deseo sino Dios? Se pide a Dios, que se ha prometido a sí mismo. Se expanda tu alma por el gran deseo. Puedes desear a Dios, puedes buscarlo apasionadamente, puedes anhelarlo con toda tu alma; pero no puedes concebirlo adecuadamente y mucho menos expresarlo con palabras.⁷

Salmo 42, 2-3

Como la cierva anhela
los cursos de agua,
así mi alma anhela
a ti, oh Dios.

Mi alma tiene sed de Dios,
del Dios vivo:
¿cuándo vendré y veré
el rostro de Dios?

Vamos, hermanos, haced vuestra mi avidez, compartid conmigo este deseo; amemos juntos, ardamos juntos por esta sed, corramos juntos hacia la fuente de todo conocimiento. Anhelemos esa fuente de la que la Escritura dice en otra parte: Porque en ti está la fuente de la vida. Él mismo es la fuente y la luz; porque en tu luz veremos la luz. Tú, corre hacia la fuente, desea las fuentes de las aguas. En Dios está la fuente de la vida, una fuente inagotable, en su luz hay una luz que nunca se apagará. Anhela esta luz, esta fuente; una luz que tus ojos nunca han conocido; al ver esta luz, el ojo interior se agudiza, al beber de esta fuente, la sed interior se vuelve más ardiente. Corre hacia la fuente, anhela la fuente; corre como un ciervo. ¿Qué significa «corre como un ciervo»? No te demores en correr, corre sin pereza, anhela con prontitud la fuente.⁸

⁶ SAN AGUSTÍN, *Comentario al Evangelio de San Juan*, 18,7.

⁷ *Ibidem*, 34,7.

⁸ SAN AGUSTÍN, *Exposición sobre los Salmos*, 41,2.

Quien quiere alcanzar algo tiene el ardor del deseo. El deseo es la sed del alma. [...] Observad al hombre que desea a Dios, que tiene sed de Él. Ved cómo está unido a Él. Que este sentimiento nazca también en vosotros. Si ya está germinando, regadlo, y crezca y alcance tal vigor que también vosotros podáis decir con todo el corazón: A ti se ha unido mi alma.⁹

Vuestros ardientes deseos nos parecen manos invisibles con las que llamáis a una puerta invisible, para que invisiblemente se os abra y podáis entrar invisiblemente y obtener invisiblemente la salud.¹⁰

Ahora solo te amo, solo te sigo, solo te busco
y estoy dispuesto a someterme solo a ti,
porque solo tú ejerces el dominio con justicia
y yo deseo ser tuyo por derecho.
Manda y ordena lo que quieras, te lo ruego,
pero sana y abre mis oídos
para que pueda oír tu voz.
Siento que debo volver a ti;
que se abra tu puerta a mí, que llamo;
enséñame cómo puedo llegar hasta ti.
Te anhele
y te pido los medios
con los que mi anhele sea satisfecho.
Si en mí hay deseo de algo superfluo,
purifícame y hazme digno de verte.
Solo ruego a tu altísima misericordia
que me vuelvas todo hacia ti
y que no se me pongan obstáculos mientras tiendo hacia ti. [...]
Amén, amén.¹¹

«Para la fe cristiana, la educación de los pobres no es un favor, sino un deber. Los pequeños tienen derecho a la sabiduría, como exigencia básica para el reconocimiento de la dignidad humana. Enseñarles es afirmar su valor, darles las herramientas para transformar su realidad. La tradición cristiana entiende que el conocimiento es un don de Dios y una responsabilidad comunitaria»
(PAPA LEÓN XIV, Exhortación apostólica *Dilexi te*, 72)

⁹ *Ibidem*, 62,5.17.

¹⁰ *Ibidem*, 103,1.

¹¹ ¹¹ SAN AGUSTÍN, *Soliloquios*, 1,1,5-6.